

La ciudad vacía: Imaginarios urbanos sobre el centro histórico de Lima en la época del neoliberalismo

David Isaac Blaz Sialer
Perú

Volvamos al Centro, fue el slogan usado por el alcalde Alberto Andrade para iniciar uno de los procesos más significativos de empoderamiento de los espacios públicos de un centro histórico en franca decadencia y abandono. Después de muchos años de olvido por parte de las instituciones encargadas de su gestión, la Ciudad de los Reyes podría al fin “ver” la luz de una modernidad casi siempre elusiva.

La primera acción que el nuevo alcalde limeño se propuso llevar a cabo para conseguir ordenar y sanear el Centro Histórico fue la expulsión del comercio ambulatorio; una acción sumamente significativa en tanto que los migrantes andinos, bajo los imperativos propios de la sobrevivencia en una ciudad completamente desbordada, se vieron empujados a una constante trasgresión de las normas impuestas por el Estado, el cual se mostró impotente frente al caos cada vez mayor en la ciudad capital; en tal sentido, el primer bastión a tomar para perseguir tal principio básico era la calle.

Pero ¿qué significaba la calle en los agitados años ochenta? Era un lugar cada vez más dejado a su suerte por los gobiernos municipales; invadida por los nuevos llegados a la capital para dedicarse al comercio ambulatorio, al menudeo de bienes y servicios, era la muestra gravitante

del descontrol y el colapso de las instituciones encargadas de la gestión urbana. Las calles en el Centro de Lima fueron los principales puntos de batalla por parte de una población migrante que se hizo presente en la ciudad sin ser reconocidos en su totalidad por el Estado como ciudadanos. Su presencia ocasionó uno de los procesos de cambio económico, social y cultural más grandes de nuestra historia como ciudad, tal como señala Matos Mar:

La inmensa gravitación adquirida en Lima por lo andino por causa de la inmigración, afecta y modifica no solamente al aspecto físico de la capital, sino también sus formas de cultura y su sociabilidad (Matos Mar, 1988: 81).

Aquella Lima mora y andaluza, con un centro que evocaba las amplias calles parisinas signo de la modernidad de inicios del siglo XX, se convirtió en la imagen del caos, de un magma social y cultural del cual se esperaba que emergiera dialécticamente la superación del mundo costeño y andino. Sin embargo, el resultado del choque que implicó todo ello terminó siendo mucho más problemático y las soluciones desbordaron cualquier acercamiento trascendente.

Quiero decir con ello que la respuesta tomada por la Municipalidad frente a esta imagen de conflicto y violencia que se vivía en la Lima de mitades de la década de 1990 tuvo un tono que se inclinó por reafirmar el elemento costeño, por una mirada hacia atrás que trató de rescatar aquellos valores perdidos de una ciudad que ya había dejado de ser aquella de antaño, imagen que pasaba a convertirse en el objeto de deseo de la nueva gestión municipal.

Este es el prelude para toda una propuesta del municipio de Lima que buscaba rescatar del pasado la imagen de una ciudad colonial y republicana, una búsqueda por el alma perdida de la capital. Para ello, el alcalde Andrade llevó a cabo múltiples obras de reconstrucción histórica de una gran cantidad de monumentos emblemáticos, así como la

promoción de políticas culturales cuya finalidad era proteger parte del patrimonio cultural de la ciudad.¹

Quisiera mencionar sólo dos obras de recuperación histórica para poder ejemplificar lo que acabo de afirmar: la remodelación de la Plaza Mayor de Lima –la ex Plaza de Armas– y la Plaza San Martín, aquella que se había convertido para ese entonces en la plaza de los pobres, los desempleados y los cómicos ambulantes. Las ceremonias con las que finalizaron las obras en los dos espacios públicos mencionados fueron de una significación sumamente simbólica, casi diríamos de corte fundacional: la primera estuvo precedida por una “jarana” criolla, con una serenata a una Lima que “regresa”, mientras que en la segunda el acto central fue el desfile de una gran cantidad de autos de colección de las primeras décadas del siglo XX, símbolos en su época de la modernidad urbana emprendida en Lima por el presidente Augusto B. Leguía.

Luego de dos periodos municipales sumamente exitosos en tanto sentaron un precedente antes no visto de territorialización de los espacios públicos en el Centro de Lima,² llegó al sillón municipal Luis Castañeda, quien continuó aquellas políticas de apropiación del centro histórico de la ciudad efectuadas por su predecesor, pero bajo otro slogan: “Construyendo”. Esta propuesta, que sitúa su impulso en la representación de una Lima en ruinas, tuvo como cualidad central el fortalecimiento de aquellos espacios “rescatados” por los dos anteriores gobiernos municipales de Andrade sumándole un elemento fundamental: el rol cada vez más protagónico de lo económico en la toma de decisiones

- 1 La más conocida tal vez fue el proyecto “adopta un balcón”, según el cual cualquier ciudadano –natural o jurídico– podía hacerse cargo de la reconstrucción de uno de los tantos balcones abandonados a su suerte por parte de los gobiernos municipales anteriores.
- 2 Término usado por Augusto Ortiz de Zevallos para señalar el acto simbólico por el cual un espacio público es apropiado por la sociedad. Este acto de apropiación implica forjar lazos emotivos con él, enfatizando en el hecho de que algo de la identidad social se encuentra en la materialidad del lugar en sí (Entrevista realizada a Augusto Ortiz de Zevallos, en: <http://www.urbanoperu.com/noticia/entrevista-a-augusto-ortiz-de-zevallos>).

sobre los asuntos públicos. Este es el rumbo que ha tomado la dirección del Centro Histórico de nuestra ciudad ya a finales de la primera década del siglo XXI el cual ha sido, luego de más de 15 años de constante ejecución, naturalizado como la única vía para el progreso y el desarrollo.

Sin embargo, cabe señalar que aquella imagen de un centro histórico “vacío” o “en ruinas” al que, por tanto, debe “reconstruirse” sólo es una fantasía que se desprende de una mirada sumamente tergiversada sobre lo que configura una ciudad y la pertinencia de los actores sociales que juegan un papel protagónico en ella.

Quisiera pasar a analizar al respecto el rumbo que el municipio limeño había asumido como paradigma desde la primera gestión de Alberto Andrade y continuó bajo la dirección de Luis Castañeda. En tal sentido, creo pertinente resaltar dos elementos sumamente importantes en él, los cuales trataré de problematizar en conjunto:

- Existe un elemento común sobre cómo es percibida la ciudad luego del caos productivo de los años 80: el imaginario acerca de ella proveniente de la municipalidad enraíza en una noción de “vacío” simbólico, de asociar la pérdida de rumbo en los anteriores gobiernos municipales con un elemento disruptivo que no puede ser asimilado ni situado.
- Un sustrato también visible guarda relación sobre la forma en que el municipio capitalino debe ser gestionado. Este sustrato que ha señalado la dirección tomada para gestionar los asuntos urbanos durante más de quince años radica en una propuesta neoliberal ya bien extendida a inicios de los noventa con la llegada de Fujimori y con la decadencia y corrupción del modelo populista representado por el anterior gobierno aprista.

A continuación pasaré a analizar cada uno de los elementos discursivos en cuestión.

El vacío en la ciudad

El tema urbano ha sido analizado desde distintas perspectivas, con avances realmente acumulativos que han permitido entender a la ciudad como un organismo vivo que es interpelado, pero que también responde ante la mirada de sus pobladores. Las ciudades se configuran como eventos estéticos sensibles, como lugares antropológicos³ en tanto los espacios que las conforman contienen en su materialidad mucho del carácter de los grupos que la habitan. Así, en estas surgen imaginarios que las simbolizan y resignifican, dotándolas de sentido y particularidad; en tal sentido, los estudios de los imaginarios dan cuenta de “cómo construimos, desde nuestros deseos, modos grupales de ver, de vivir, de habitar y deshabitar nuestras ciudades” (Silva, 2001: 109).

Los imaginarios, entendidos desde esta perspectiva, muestran el proceso a través del cual la experiencia humana construye percepciones donde nos constituimos como grupo social, no solo por convenciones, sino por deseos, anhelos y frustraciones.

El morador de la ciudad, en tanto que articula un discurso sobre ella, convierte esa narrativa en algo real: cree que el fantasma, la imagen que él mismo ha construido sobre la ciudad, es el fundamento de su conocimiento acerca de su realidad social. Este argumento está en relación con llevar a cabo un deseo: el espacio imaginario es el lugar en el cual los ciudadanos atienden y realizan sus utopías, sus deseos, sus fantasías. Situándose como constitutivas de los imaginarios en las ciudades, estos discurren por debajo de las diversas narrativas ciudadanas, son las piedras angulares de los procesos de formación de imágenes sobre la ciudad, en este sentido, el imaginario social “corre, como fuente primaria de un acontecimiento psíquico” (Silva, 2001: 116).

3 Término usado por Marc Augé para señalar aquellos espacios en los cuales la identidad de un grupo y su relación con los otros se encuentra en juego; en tal sentido, este se convierte en un elemento gravitante para la afirmación imaginaria de lo que llamamos “comunidad” (cfr. Augé, 1993: 57).

Hay que mencionar, no obstante, que la construcción de estos imaginarios urbanos se encuentran sujetos en gran medida a los propios procesos económico-sociales que viven las urbes; sin lugar a dudas estos procesos cambian las estructuras libidinales de los ciudadanos quienes articularán nuevas formas imaginarias acordes a las circunstancias cambiantes dando por resultado la constante transformación de las mentalidades ciudadanas.

Todo lo mencionado puede servir de telón de fondo para poder entender cómo se han imaginado –y luego transformado tales representaciones– los llamados “centros” de las ciudades, otrora lugares de gran significación social, de una profunda relación simbólica inscrita en las narrativas urbanas: desde sus fundaciones, los centros de las ciudades latinoamericanas han sido imaginadas como el origen desde el cual la ciudad se proyecta, se extiende hacia sus más lejanos confines, y en la cual radica el alma y la vitalidad que representa al grupo urbano que la habita; tal como menciona Beatriz Sarlo: “Se iba al ‘centro’ desde los barrios como una actividad especial, de día feriado, como salida nocturna, como expedición de compras, o simplemente para ver y estar en el centro”⁴.

Sin embargo, la modernidad hizo su aparición como un agente que “descentró” las ciudades: estas que antes se encontraban constituidas por una elite tradicional y de raíces coloniales ahora se sitúan dentro una espiral que violenta sus estructuras sociales bajo la bandera de la modernización. Con ella deviene la industrialización de la producción, la llegada de migrantes como mano de obra y la consiguiente explosión demográfica y espacial, lo cual traería como consecuencia que la constitución de las urbes latinoamericanas se transforme estrepitosamente: en este sentido, es común la formación de una imagen sobre ellas como lugares “abandonados”, donde “la gente de bien” se ha marchado y han llegado “otros” moradores.

4 Sarlo, óp. cit., pág. 13.

Situación a la cual no fue ajena Lima, es más, ella fue escenario de los procesos de expansión y de migración más agudos y significativos en nuestro país: su población, estimada en 0,6 millones de habitantes en 1940, alcanzó 1,9 millones en 1960 y 4,8 millones en 1980⁵. Estas olas migratorias se volcaron a las zonas de mayor popularidad en la ciudad: así, comenzaron a poblar las antiguas casonas coloniales del “centro” siendo actualmente más de 30 mil familias las que habitan estos lugares en un estado de hacinamiento y turgurización impactantes: en una sola casona del centro de Lima pueden convivir más de 40 familias⁶.

A su vez, los edificios modernos del Centro Histórico, que tuvieron una demanda habitacional considerable en las décadas del cincuenta, sesenta y setenta, fueron abandonados por las familias de clase media que migraron hacia otras partes de la ciudad. Un millón y medio de metros cuadrados –repartidos entre 40 edificios en el centro histórico– permanecen vacíos hasta la actualidad⁷:

Más aun, los migrantes no solamente ocuparon los espacios dejados por la “gente de bien” sino que reformularon su sentido, su significación. Estos espacios son entonces “ganados” a un centro concebido como “vacío”, desprovisto de individualidad, es decir, deshumanizado: en ellos se encuentran los reductos de una posibilidad de articular a la ciudad con lo social, de antropologizar sus espacios de la que está compuesta.

Un concepto interesante que propone Ortiz de Zevallos para entender la imagen de vacío que se ha cernido sobre el Centro Histórico es el de desterritorialización: la ciudad está ciertamente vacía, pero en una instancia simbólica en tanto que la referencia a un sentido de comuni-

5 Instituto Nacional de Estadística e Informática, Lima Metropolitana perfil socio-demográfico. 2007. Las cifras producto del último censo poblacional del 2007 dan cuenta de casi 8 millones de pobladores en Lima, lo que constituye casi la tercera parte de la población.

6 Plan Estratégico PROLIMA 2006-2035. Municipalidad Metropolitana de Lima. 2006.

7 Caretas: Año 2000. Edición N° 1605.

dad por parte de aquellos que la habitan está completamente desarticulado⁸. El sin sentido de la vida frente a la ausencia de conexiones intersubjetivas, el sentir el espacio en el cual se habita como algo extraño y amenazante es el verdadero vacío primordial, o como señala claramente Ortiz de Zevallos: "... la tierra de nadie es aquella donde los grafitis agreden, donde se orina en la calle y donde los espacios se convierten en polos de violencia"⁹.

Sin duda alguna este vacío en la noción de pertenencia que señala Ortiz de Zevallos es una muestra sintomática del deterioro paulatino del Centro Histórico de Lima desde finales de la década de los setenta hasta mitades de los noventa. Este sentido de ausencia es sumamente pertinente si pensamos la gran cantidad de espacios habitados en donde el ciudadano no siente la identidad del barrio, donde su centralidad centrípeta ha perdido completamente su funcionalidad. Los barrios son puntos de anclaje de identidades, muchas veces su personalidad queda señalizada en el espacio que ella ocupa; este elemento sin embargo se encuentra ausente en el centro de Lima, donde el espacio es imaginado como agresión y violencia pura.

Más aún, este sentido de vacío dentro del centro histórico no debe ser confundido con la referencia ideológica de ausencia (Andrade) y destrucción (Castañeda) que el municipio construyó a lo largo de la década del noventa y la primera del siglo XXI. Mientras que una delata la no-presencia de una identidad barrial capaz de articularse efectivamente con un territorio y dotar a este de su propio carácter, la otra hace referencia a una inexistencia simbólica: en tanto aquellos que habitan —y que hacen uso del espacio urbano en cuestión— son catalogados como la causa del deterioro del espacio, su existencia como pobladores urbanos deja de ser algo factual y pasa a convertirse en un problema.

8 Una de las funciones de las más importantes de toda institución municipal es, tal como señala Augusto Ortiz de Zevallos, el "(...) construirle a la ciudad una identidad, una pertenencia, que la gente se reconozca como parte de, que la ciudadanía signifique algo" (Ortiz de Zevallos, Op. Cit.).

9 Ibidem.

Creo que la mirada de la crítica cultural debe dirigirse sobre todo hacia el proceso en sí de articulación, de conformación de cadenas de significancias que señalan un sentido de pertenencia y hacer visibles las experiencias de aquellos elementos urbanos que han logrado relacionarse con el espacio urbano en cuestión y hacer de él un lugar antropológico, tal como señala Augé, todo esto a pesar de haber sufrido la negación/homologación de su existencia por las instituciones municipales.

En conclusión, la ciudad “vacía” es en realidad una fantasía proyectada desde una posición hegemónica la cual “recupera” (para sí) en vez de articular, excluye y universaliza lo que le es ajeno o no codificable.

Lima y el neoliberalismo

El segundo elemento de este rumbo de gestión municipal es el neoliberalismo. Más aún, es el sustrato sobre el cual el “vaciamiento” de la ciudad pudo darse efectivamente: solamente a través de una preeminencia del factor económico para la toma de decisiones sobre asuntos de interés ciudadano se puede llegar a concebir una ciudad desprovista de espíritu y hálito vital; mirar los espacios urbanos mediante el lente del neoliberalismo es enfrentar al lugar con sus potencialidades mercantiles.

En este sentido, desde la perspectiva neoliberal que la municipal defiende, el control de la gestión urbana ha sido entregado a un aparato “tecnocrático” que, sin ningún compromiso político, lleva los rumbos de la ciudad como si fuese una empresa. Pero, en relación con todo esto, ¿qué es el neoliberalismo? Portocarrero remarca justamente que

... la negación de la política es el punto de amarre o viga maestra que sostiene el edificio ideológico neoliberal. Para los neoliberales todo estaría perfecto si no fuera por la política. En otras palabras, la idea de que el mercado es un mecanismo social sin fallas es el principio organizador del neoliberalismo (Portocarrero, 2001: 73).

La presencia de cualquier intervención política es aquello “satani-zado” por el neoliberalismo. El orden social en tal sentido no necesita más que de las propias leyes del mercado, una intrusión de la esfera política en ella solamente generaría la disfuncionalidad de un sistema de por sí “perfecto”. Para lograr esta completa supeditación tal paradigma requiere como requisito previo que el Estado –en tanto agente político– abandone cada vez más su papel protagónico en la administración pública.

Esta renuncia del Estado a ejercer tales funciones dio pie a que un nuevo paradigma de conducción institucional –vaciado de identidad– se apoderara de todas las instancias de la gestión pública. La Municipalidad de Lima no fue ajena a tal paradigma: la presencia cada vez más importante del factor económico en el dinamismo de la capital fue lo que identificó el rumbo administrativo de Lima en la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI; en conclusión, bajo una dirección neoliberal de la cuestión urbana, tal como afirma Ludeña: “... aparecen los megaproyectos y la ciudad se privatiza bajo el enorme impacto de inversiones que ‘mueven’ la ciudad (o sus partes) en función de los nuevos intereses económicos y sociales” (2002: 178).

Esto se puede evidenciar con la proliferación cada vez mayor de los grandes centros comerciales en la capital. Desde la segunda mitad de la década de los 90 hasta la actualidad la presencia preponderante en la geografía urbana de una estética del no lugar¹⁰ ha sido una cualidad fundamental de nuestra ciudad, todo esto en detrimento de usos del espacio más acordes con la territorialización de la misma.

Sin embargo, si bien he señalado la presencia de un sustrato en común sobre la conducción de los problemas urbano-operativos desde

10 Término utilizado por Marc Augé para denominar a aquellos lugares donde la interacción persona encuentra una mínima expresión y en el cual la introspección y el individualismo extremo son la cualidad esencial en detrimento de cualquier anclaje de identificación, o como él mismo afirma: “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (Augé, 1993: 83).

el primer periodo del alcalde Andrade hasta la gestión de Castañeda, quisiera también resaltar aquellas distinciones entre los dos, las cuales son sumamente importantes para poder visualizar la dirección que ha tomado la forma en cómo gestionar la municipalidad.

La propuesta inicial del alcalde Andrade, tal como he señalado al inicio, fue una mirada hacia atrás, una intención manifiesta de “recuperar” el alma perdida de la capital: las políticas sobre el uso de los espacios públicos y el “carácter” que estos representaban debían encontrar sustento en una historia fetichizada de lo que Lima había sido antes del boom de las migraciones.

Los diversos proyectos de restauración de monumentos, plazas y parques tuvieron como causa el ser símbolos del “retorno” de la ciudad colonial y republicana, teniendo como referentes la Plaza Mayor y la Plaza San Martín respectivamente; la ausencia del elemento andino en la conformación de esta imagen de la ciudad es sumamente manifiesto, lo cual denota que aquel proceso migratorio que produjo la transformación más grande que haya pasado Lima en toda su historia fue de tal fuerza traumática que la gestión municipal, en cuyas manos recaía generar una propuesta más inclusiva que refuerce la asimilación de tal fenómeno, no tuvo más que ocluirlo y lanzarse en la empresa de resucitar a una ciudad que ya se encontraba sepultada bajo las fuerzas sociales activadas en la convulsionada década de los 80.

La “patrimonialización” del espacio público fue por tanto la tendencia omnipresente en la gestión del alcalde Andrade. Esta encuentra también su impulso en la promoción de Lima como “patrimonio cultural de la humanidad” por la UNESCO en 1994: la ciudad no podía permitir la presencia pública de aquello aún no asimilable por un discurso hegemónico que no aceptaba el hecho de que Lima se había convertido en no más de medio siglo en la ciudad quechua más grande del país.

Wiley Ludeña plantea una hipótesis sumamente sugerente sobre las causas de esta lucha por parte de la gestión del alcalde Andrade por “recuperar” el centro histórico. Según el referido autor, las exigencias

cada vez mayores de una neoligarquía limeña por reductos donde puedan sentirse “protegidos” frente a una ciudad informal en constante crecimiento, han hecho que se impulse un “retorno” al centro histórico; el correlato del neoliberalismo en este caso sería la del fortalecimiento simbólico de la élite que lo sostiene a través de su articulación a una “época de oro” de la ciudad. Esto explicaría claramente el slogan “Volver al Centro”:

¿A quién estuvo dirigida esta invocación sino a los hijos o nietos de esa oligarquía que fue ella misma, por decisión propia, la que hizo un abandono irresponsable del centro de Lima desde los años cuarenta? Consigna discriminatoria que supone no sólo la presunción de un centro “perdido”, sino la idea de que en las últimas décadas el centro hubiera estado vaciado de habitantes, cultura o historia (Ludeña, 2002: 187).

Si bien la hipótesis de Ludeña remarca aquel síntoma en el imaginario hegemónico sobre la forma en que éste representa el fenómeno de la migración –esta no sería para él más que la intrusión de una horda destructora que acabó con cualquier rastro de una ciudad orgullosa de su raigambre europea– y la fortísima presencia de una élite capitalina que contribuye en el reforzamiento de dicha imagen –cabe resaltar que el propio alcalde Andrade proviene de una de las familias más aristocráticas del norte del país–, creo sumamente forzado pensar en un “complot” entre el poder institucional y la neoligarquía capitalina con el fin de apoderarse espacialmente del Centro Histórico la ciudad, o como señala el propio Ludeña:

Ciertamente, entre vivir rodeados de barriadas y volver a ocupar las viejas y rancias casonas de un centro que puede ser por decisión el espacio policialmente (y socialmente) más protegido y controlado de Lima, la alternativa de retomar el centro histórico deviene la más atractiva y simbólicamente la más productiva (Ludeña, 2002: 187).

Si bien el slogan “Volver al Centro” y su sentido marginador retoman la idea que habíamos mencionado en el apartado anterior sobre aquella imagen de “vacío” –la “gente de bien”, según esta ima-

gen, había abandonado los centros históricos huyendo de las “hordas” migratorias, dejándola desierta y en ruinas— que desde el poder hegemónico se había construido luego de iniciado los procesos de migración en las capitales latinoamericanas, creo pertinente no pasar de esta evidencia argumentativa.

Retornando al tema en cuestión, quisiera mencionar el éxito que tuvieron muchos de los proyectos urbanos emprendidos por el alcalde Andrade y cuyo valor radicaba en un proceso paulatino de territorialización de los espacios públicos: si antes los parques, plazas y calles del centro histórico eran percibidos como amenazantes y peligrosos —y por tanto, mal cuidados y violentados—, a fuerza de esta apropiación simbólica la percepción imaginaria sobre ella por parte del poblador de a pie fue cambiando velozmente, valorando y reivindicando estos espacios como propios y, por tanto, teniendo mucho mayor cercanía y respeto hacia ellos. Proyectos como el famoso “Parque de Lima” (el antiguo “Parque de la Exposición”) o la Alameda “Chabuca Granda” hicieron de lugares anteriormente marginales, donde se evidenciaba el completo abandono de la ciudad, espacios de encuentros ciudadanos y de democratización de los usos urbanos de los mismos.

Creo que en ello radica sustancialmente la diferencia entre los dos periodos municipales del alcalde Andrade con los dos últimos de Castañeda: mientras que el primero hizo hincapié en la valoración histórica —aunque no llegó a pasar la valla de la marginación y la exclusión de un sustrato andino presente en la ciudad— y en políticas claras de territorialización del espacio, el segundo fue desarticulando cada vez más tales pretensiones a favor de su capitalización.

En efecto, como una metáfora de lo que sucedería en los próximos dos periodos municipales, el alcalde Castañeda abandonó los balcones patrimoniales del Centro Histórico —adoptados pretéritamente por la gestión de Andrade— a una suerte de orfandad simbólica. Igual suerte correrían los espacios públicos que servían de point de capiton ideológicos: el Parque de la Exposición, inaugurado en el 2000 y que se convirtió en el mayor triunfo de la recuperación del espacio público

en Lima, será convertido en una suerte de restaurante ambulatorio: la estada permanente de vendedores de comidas ha desplazado al otrora espacio de distensión y oasis de tranquilidad en la bulliciosa Lima de principios del siglo XXI; a su vez, el antiguo Parque de la Reserva, dedicado a conmemorar a los reservistas limeños en la Guerra del Pacífico, se convertirá en el ícono modernista de la ciudad con la construcción del “Circuito Mágico del Agua”: como señala Mariel García, los grandes ideales del pasado son reducidos a una sobreestimulación del goce y a un simulacro de igualdad (cfr. García, 2008); así pues, todos los limeños están “invitados” a la modernidad que propone el neoliberalismo, pero esto sirve de cobertura a la privatización del espacio público y a la mercantilización de los lugares de encuentro ciudadano.

Tal vez los únicos significantes que llenan la propuesta de ciudad del ex alcalde limeño tienen que ver con referencias icónicas: Castañeda utilizó con gran destreza la fuerza de la imagen como medio de seducción, ya digeridas para un público que no busca más el repensar la historia, el encontrarse con una identidad más cercana a su propio síntoma; a los limeños del período de posviolencia les atterra cualquier referencia que los dirija a la barbarie del terrorismo y la caótica década de los ochenta, por más indirecta que esta sea.

En este sentido, la fortaleza de lo estético plasmado en una imagen pública es en suma de gran importancia en ese proceso de interpe-lación. Así nosotros, a través de esa configuración icónica del espacio en que habitamos, intervenimos en ella, alcanzando dicha mirada una materialidad en tanto conectada a los procesos de transformación de los espacios urbanos. Así, tal como enfatiza Poole:

... el ver y el representar son actos “materiales” en la medida en que constituyen medios de intervenir en el mundo. No vemos simplemente lo que está allí, ante nosotros. Más bien, las formas específicas como vemos –y representamos– el mundo determina cómo es que actuamos frente a éste y, al hacerlo, creamos lo que ese mundo es (Poole, 2000: 15).

Sin duda alguna, la configuración icónica se constituye como un arma política de una fortaleza probada. Esto es algo sintomático en las imágenes que proyecta el municipio de Lima: a través de ella nos dice cómo debemos mirar, y que actitud tenemos que mostrar; la imagen, en este sentido, aparece textualizada: esta se encuentra presente para poder ser leída, para ser interpretada, aunque en este juego críptico ya se encuentra implícita “una” solución correcta de dicha lectura.

Así el Municipio exhibe imágenes de una Lima que está permanentemente construyéndose, que vive en una constante reformulación y que esboza el camino hacia el futuro de la urbe: convertirse en una imagen estructural moderna. En este sentido, las imágenes funcionan como un sucedáneo de lo real, se nos muestra a una Lima convertida en sus imágenes y proyecciones, enfatizando en la seducción de la modernidad. Esto entraña un doble juego: primero, la representación de lo que es Lima gira en torno a un proyecto modernista, hegemónico y coercitivo; segundo, dicha representación silencia la voz de aquellos que se encuentran representados en aquellas imágenes: en tanto que pobladores de los espacios que se están “construyendo”; estos quedan invisibilizados frente a la proyección tecnocrática del poder. En este sentido, se nos constriñe a interpelar a la ciudad desde una configuración icónica ajena a nuestras propias consideraciones visuales, nuestra forma de representarnos como ciudadanos se encuentra ocluida por el fantasma del progreso infraestructural, de las grandes obras de concreto que obstaculizan la mirada hacia los problemas profundos que aquejan a la ciudad y que discurren por debajo de ella, pero que siempre se materializan y terminan siendo lo que el discurso oficial trata de “tapar”.

Un segundo elemento de análisis que podemos observar es la valoración en que incurre dicha intervención material en la ciudad: la resignificación de la ciudad es un proceso esperado y concretado; esta reformulación es vista como un “triunfo”. Esta apelación por el cambio tecnocrático y su valoración positiva no solo apelan por un proceso de construcción “diferente”, sino también por una “recuperación” de lo urbano, como una conquista en tierras ajenas, una reapropiación de aquello que había sido tomado por otros agentes disociadores de la

utopía social construida desde lo hegemónico. Ahora, esta capacidad de intervenir en la ciudad queda entonces figurada como un proceso que contempla solo los imaginarios urbanos provenientes desde el poder hegemónico. La municipalidad de Lima bajo la gestión del ex alcalde Castañeda no aceptó la posibilidad de una articulación con otros lugares de enunciación que puedan intervenir en la autorepresentación: ocluye esos espacios, los excluye del proyecto moderno de reformulación de la ciudad; esta, por tanto, queda vacía, desprovista de significados y lista para ser intervenida, para proyectar el imaginario social del grupo de poder, en suma, para materializarlo.

Otro tipo de lectura que propone el discurso municipal modernista: implica un salto temporal de corte maniqueo: “Antes/Ahora” esto, a fin de cuentas, responde a un anacronismo simplista que tiene como única finalidad el reforzar una retórica imaginaria, mediación discursiva entre el fenómeno, presentado ante nuestros ojos, y el nómeno inaccesible a nuestros sentidos, inconmensurable. El cambio en el tiempo señala dos cosas: primero, el antes se encuentra compuesto de elementos que se quiere cambiar. porque pertenecen a un pasado vergonzoso y anticuado; mientras tanto, el ahora es la imagen de la modernidad, el tiempo sobre las tinieblas y la barbarie. Esta oposición es una clara reminiscencia de la metáfora moderna cartesiana de la luz: tal como el sol incandescente dota de luminosidad a los cuerpos celestes cercanos a él, la antorcha de la modernidad se yergue como un faro de la ciencia y el conocimiento que demarca los territorios que este reclama como suyos. Segundo, y tal vez lo más importante: en el antes se explicita una narrativa actuada: los sujetos son mientras tanto, el ahora presenta claramente una imagen ausente de actores: su narrativa reposa en la figura central de la luz de la modernidad. Ella es el actor principal y único en la ciudad los actores de un caos anacrónico, los habitantes de una Lima bárbara, perdida en el sin sentido; que conquista las tinieblas de la noche y también las penumbras del pasado.

Wiley Ludeña señala como una característica esencial de la arquitectura neoliberal de los noventa la electografía nocturna; una ciudad como Lima vaciada de significación necesita un simulacro de comple-

tud con que suturar la pérdida, en tal sentido: "... la noche empezó a ser mejor iluminada y de pronto el imaginario urbano construía la antípoda del oscuro infierno limeño de los ochenta" (Ludeña, 2002: 181). Tal infierno de penumbras es el recuerdo colectivo del período de violencia política que asoló al Perú durante toda la década de los ochenta y principio de los noventa: ciudad sitiada por la oscuridad de la noche, Lima era un lugar imposible, en donde el toque de queda era la única alternativa de protección contra el caos terrorista; el último refugio del limeño fue en ese periodo de su historia el concreto de su propio hogar.

Había que romper con el pasado traumático de la ciudad sitiada, había que refugiarse en el amor frío de la luz de la modernidad. Se comienza por este entonces la iluminación de los antiguos monumentos limeños: otrora espacios oscuros y decadentes, los edificios, iglesias, parques y plazas del Centro Histórico son "ganados" para la modernidad.

Bibliografía

Augé, Marc

1993 Los "no lugares". Espacios del anonimato. Barcelona: Gedisa.

García, Mariel

2008 "Sentidos de goce, sentidos del agua: las piletas de Castañeda", en Revista Quehacer. Núm. 170 (abril-junio).

Ludeña, Wiley

2002 "Lima, ciudad y globalización. Paisajes encontrados de fin de siglo", en El desafío de las áreas metropolitanas en un mundo globalizado. Barcelona: Institut Catalá de Cooperació Iberoamericana.

Matos Mar, José

1988 Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980. Lima: CONCCYTEC.

Poole, Deborah

2000 Visión, raza y modernidad. Una introducción al mundo andino de imágenes. Lima: Sur, Casa de Estudios del Socialismo.

Portocarrero, Gonzalo

2001 "Nuevos modelos de identidad en la sociedad peruana (Hacia una cartografía de los sentidos comunes emergentes)" en Gonzalo

Portocarrero y Jorge Komadina (Eds.). Modelos de identidad y sentidos de pertenencia en Perú y Bolivia. Lima: IEP.

Silva, Armando

2001 “Imaginarios: estética ciudadana”, en *Imaginarios: horizontes plurales*. México: Romero Hernández.